

Función semiótica, puntal de la competencia comunicativa

Verónica Hernández Zepeda

Erik Avalos Reyes

IMCED

Existe hoy consenso en cuanto a la abrumadora cantidad de información que nos circunda y ante la cual resulta imposible mantener un grado de actualización en todos los dominios. Está claro también que, en la educación formal, la aproximación y construcción del conocimiento disciplinar se realiza inicial y básicamente a través del lenguaje escrito. Unido a éste, es muy cierto que la asimilación a la comunidad discursiva (de manera efectiva y definitiva) se concretará mediante la práctica social comunitaria que implica otros modos de acción, además de la lengua escrita.

Sin embargo, la llave de la cultura es una cuestión mucho más allá que la mera información; no se trata de que seamos capaces de manejar mucha, sino el grado de conocimiento significativo que alcancemos y podamos procesar creativamente a partir de ella. Desde esta opción, la construcción de un conocimiento disciplinar no puede ser exigida al profesional en formación de manera automática. Las instituciones formadoras de formadores tienen una responsabilidad en ello y deben jugar un papel preponderante; es, en este punto, donde la actividad comunicativa juega un rol central; los docentes están obligados a hacerse cargo del conocimiento deficiente en determinadas áreas profesionales y buscar los medios que permitan, en este caso particular, disponer de la información pertinente para abrir el acceso al discurso especializado de manera efectiva y hacer de este, tal como es, una herramienta poderosa.

Si se habla de los jóvenes, más allá de los grandes sondeos, se aprende que ellos leen y se percibe que encuentran en los libros experiencias particulares. Sin embargo, lamentan su alejamiento de las lecturas estéticas ante las exigencias de las lecturas académicas; es ésta una de las razones por la que se intenta incorporar oportunidades para leer por leer en el contexto de la educación superior; a ello se agrega nuestra convicción de que la formación profesional debe posibilitar diversas perspectivas para el acceso y la construcción del conocimiento, y que la lectura de textos literarios brinda oportunidades de comprensión del mundo y del yo que el mundo científico no puede ignorar.

En este momento se hace preciso indagar cómo se acercan los estudiantes a los textos, qué obras seleccionan para leer, cómo viven y describen sus experiencias de lectura, para diseñar propuestas sistemáticas que integren a las lecturas eferentes y lúcidas en la formación profesional.

Para que la actividad de la lectura sea placentera y espontánea, es preciso ver que otros leen; que hay la necesidad de integrar a la comunidad, y en especial a la familia. Ser lector se puede convertir en una práctica gratificante, siempre y cuando se realice de manera libre y se tengan claros los propósitos que se persiguen: se lee para comprender el mundo, para comprenderse a sí mismo; cualquiera de las opciones es válida, con tal de que el lector obtenga lo que se propone o se le demanda.

La lectura es de por sí una actividad placentera cuando se ha convertido en un acto casi natural; la escritura, en cambio, es un proceso mucho más complicado, ya que en éste entran en juego, desde el uso de mínimas bases de redacción y conocimiento de la lengua, hasta complejos procesos de abstracción y transmisión de información. A través de la escritura se le debe presentar el mundo al lector de manera ordenada y clara, tal como se representa a través de la oralidad en situaciones cotidianas. La lengua gráfica es un código creado para compensar la limitación espacio-temporal de la lengua fónica.¹

Todo texto es una linealidad de signos que puede ser explicada a través de la observación y el análisis de la estructura interna a partir de la cual se ha constituido, desde sus elementos más mínimos, hasta la concepción

¹ ALISEDO, G., 1999, p. 57.

de lo que expresa una intención, como un discurso. El lector se puede conformar con develar la estructura sobre la que se sustenta el texto, tratarlo como un objeto sin mundo y sin autor, sin contexto; dar cuenta del conocimiento del mismo a partir del análisis de sus relaciones internas, de su estructura formal. También se puede emprender el salto a un nivel de lectura más complejo, vital y enriquecedor; se trata del paso de la observación y la comprensión al de la interpretación.

El escrito conserva el discurso y hace de él un archivo disponible para la memoria individual y colectiva, que le permite al lector apropiarse de la escritura con el propósito de realizar nuevas interpretaciones de los textos y de sí mismo. A lo largo del proceso de interpretación, que se empieza a prefigurar a partir de la comprensión, la intertextualidad ocupa un lugar central: si la lectura es posible, es porque el texto no está cerrado en sí mismo, sino abierto a otra cosa; leer es, sobre todo, encadenar un discurso nuevo al discurso del texto, relacionar experiencias anteriores de lectura y de vida y actualizar o activar la lectura de nuevos textos o de textos ya leídos a partir de perspectivas nuevas; la capacidad de reactualización de los textos es lo que garantiza su carácter abierto.

La lectura no es cuestión de identificar letras para reconocer palabras que den pauta a la obtención del significado de las oraciones. La identificación del significado no requiere de la identificación de palabras individuales, así como la identificación de palabras no requiere de la identificación de letras. Efectivamente, cualquier esfuerzo por parte del lector por identificar palabras una por una, sin sacar ventaja del sentido del todo, indica una falla en la comprensión y probablemente no tendrá éxito. De la misma manera, cualquier intento por identificar y quizás pronunciar letras individuales, es improbable que conduzca a una identificación de palabras eficiente.²

En buena medida, los conocimientos que adquiere un estudiante le llegan a través de la lectura. Durante el proceso de aprendizaje, desde la primaria hasta la educación superior, se necesita leer una variada gama de textos para apropiarse de diferentes conocimientos y la importancia del hecho no sólo radica en el contenido, sino en la cantidad, el estilo y hasta los propósitos de cada lectura.

² SMITH, F., 1983, p. 188.

Con frecuencia, los profesores consideran que los alumnos saben leer, porque saben o pueden visualizar los signos y repetirlos oralmente, o bien porque tienen la capacidad para decodificar un texto escrito. Sin embargo, decodificación no es comprensión, que sería un primer nivel de lectura, con lo cual no debe conformarse el docente ni el estudiante.

Puede afirmarse que la compresión textual necesita de la interacción de estrategias, ya sean basadas en el texto (sintácticas) o basadas en el conocimiento de habilidades, cultura, creencias y estrategias del lector (semánticas), las que se mueven indistintamente del texto a la cabeza de éste, confluendo e integrándose a los niveles del proceso de lectura.

Considerando a la función semiótica como puntal de la competencia comunicativa, que permite tanto la comprensión como la producción de textos, es necesario ubicar de forma lo más sintética y posible las posturas que nos ubican en un marco teórico en relación con la semiótica, o mejor conocida como teoría de los signos.

El término semiología fue utilizado en una de sus acepciones más antiguas (en la medicina), para designar el estudio e interpretación de los síntomas de las enfermedades. Pero analizando la etimología de la palabra, ésta deriva de la raíz griega *semeion* (signo) y *sema* (señal); entonces podemos decir que, en términos generales, la semiótica se ocupa del estudio de los signos.

La semiótica nos permite no sólo identificar los distintos componentes de la semiosis, sino clasificar los distintos tipos de signos y analizar su funcionamiento en sus diferentes niveles. La semiótica se vuelve entonces una especie de tipología de los sistemas significantes realizada a partir de la formalización más o menos acabada de estructuras formales extraídas empíricamente de cada sistema.

Por semiosis entiendo una acción, una influencia que sea, o suponga, una cooperación de tres sujetos, como por ejemplo, un signo, su objeto y su interpretante, influencia tri-relativa que en ningún caso puede acabar en una acción entre pareja.³

³ PIERCE citado por ECO, U., 1976, p. 32.

El actual término de semiótica remite a una muy larga historia de búsquedas y exploraciones en torno al complejo de la significación o de las situaciones significantes, que han desembocado en las actuales prácticas de desmontaje de la más diversa índole aplicada a distintas configuraciones culturales interesadas en los sistemas y mecanismos de significación.

En resumidas cuentas, la semiótica se ocupa de signos, sistemas sígnicos, acontecimientos sígnicos, procesos comunicativos y funcionamientos lingüísticos. La semiótica se ocupa del lenguaje, entendido tanto como la facultad de comunicar, que como por el ejercicio de esa facultad.

La significación de la semiótica estriba en el hecho de suponer un nuevo paso en la unificación de la ciencia, puesto que aporta los fundamentos para cualquier ciencia especial de los signos, como la lingüística, la lógica, la matemática, la retórica y la estética.⁴

Se trata de ubicar a la semiótica como la constitución de una teoría abstracta de la competencia de un productor ideal de signos, o como el estudio de fenómenos sociales sujetos a cambios y reestructuraciones.

Pese a lo controvertido de la definición de semiótica, puede haber acuerdo acerca de una teoría de los signos, a pesar de que presenta el inconveniente de ubicar al signo como el objeto principal de todas las interrogantes. Además, se puede observar que los problemas ligados a la definición están implicados en la definición misma. Esto muestra que el acceso a la semiótica es en principio complejo, pues se sitúa necesariamente en la interfaz de un gran número de campos del saber. Se encontrarán entonces tantas disciplinas de los signos, como conceptualizaciones de esta cooperación de saberes; citado de otra manera, las disciplinas difieren según su contenido particular atribuido al término signo.

En la conceptualización saussureana del signo, la significación es inherente al significante. La imagen conocida de la hoja de papel que tiene sobre un lado el significante y sobre la otra el significado, de manera que todo corte de una, implica un corte de la otra, da cuenta de una concepción biunívoca y vehicular de lo que representa: cortando los significantes en el ámbito fónico, cortaríamos al mismo tiempo los significados en el ámbi-

⁴ Morris, Ch., 1994, p. 24.p.

bito conceptual y, en consecuencia, estudiar la lengua sería estudiar simultáneamente las significaciones vehiculadas por las palabras.

De hecho se trata de un solo gesto fundador que produciría sus efectos en dos niveles. Inmediatamente percibimos el tipo de dificultades que vamos a encontrar en esta perspectiva: los signos no-lingüísticos que no se presenten como las palabras de la lengua y que no obedezcan a las mismas combinatorias quedarán, en principio, fuera del alcance de esta conceptualización y será grande la tentación de reconducirlos hacia los signos lingüísticos. Se podría deducir que para Ferdinand de Saussure, no hay nada más idóneo que la lengua para hacer comprender la naturaleza del problema semiológico.

Según la semiótica triádica de Pierce, el signo es una entidad de tres caras, el referente, el significante y el significado, los cuales por sí mismos merecen una explicación detallada. El signo es todo lo que se puede interpretar, sea cosa, hecho o persona. El signo está compuesto de un significado: imagen mental que varía según la cultura, y un significante no siempre es lingüístico, puede ser una imagen. El símbolo es un signo polivalente, apunta a muchos significados.

Sus características fundamentales son la arbitrariedad, la linealidad y la convencionalidad; arbitrario, pues el vínculo que une el significado con el significante es arbitrario, el lazo que une a ambos es inmotivado, es decir, el significado puede estar asociado a cualquier nombre y por tanto no existe un nexo natural entre ellos. El signo es lineal porque el significante se desenvuelve sucesivamente en el tiempo; en otras palabras, no pueden ser pronunciados en forma simultánea, sino uno después del otro, en unidades sucesivas que se producen linealmente en el tiempo.

Convencional en primer lugar porque es incuestionable, pues una comunidad determinada conviene el uso de un signo lingüístico en un momento determinado de la evolución de una lengua. O sea que ningún hablante o escritor puede cambiar voluntariamente el valor de un signo, ya que corre el riesgo de no ser entendido. Vale decir que esta característica únicamente es posible desde una perspectiva sincrónica, pues considerada desde la perspectiva diacrónica, el signo lingüístico puede variar a través del tiempo, pero seguirá conservando la convencionalidad de una comunidad específica.

Desde la perspectiva de Charles Peirce, se distinguen tres momentos constitutivos de la semiótica: la sintáctica, que trata de aquello que representa; la semántica, que toca todo aquello que está representado; y la pragmática, que extrae las reglas de uso que gobiernan, en cada contexto de interpretación, las confluencias de esos momentos. Puede, pues, asimilarse la semántica a un momento de la semiótica, tomando el término momento en su acepción filosófica. Se trata de una división del signo que toma en cuenta su triple relación; consigo mismo, con el objeto al cual se alude y con el interpretante.

Esta parte de la semiótica que estudia las relaciones entre significantes y significados, es la semántica. Se llama así a la rama de la lingüística que se ocupa de estudiar el significado tanto de las palabras, como de los enunciados y de las oraciones. En principio, cualquier medio de expresión admite una correspondencia entre expresiones de símbolos o palabras y situaciones o conjuntos de cosas que se encuentran en el mundo físico o abstracto que puede ser descrito por dicho medio de expresión. Dentro de un ámbito todavía más específico, hay la onomasiología y la semasiología: la primera se ocupa en general de la tarea de dar nombres a los objetos y en concreto de las denominaciones que se dan a un mismo referente. La semasiología, en cambio, es la actividad inversa, que determina el concepto partiendo del signo.

Se llama sintaxis a la parte de la semiótica que estudia las relaciones de los significantes entre sí. Se puede decir, por tanto, que de acuerdo con el modelo saussureano, la semiótica está por encima de los objetos particulares de cada una de estas disciplinas que se ocupan de alguno de los componentes del proceso semiótico. La sintaxis es la encargada de estudiar las reglas que gobiernan la combinatoria de constituyentes sintácticos o secuencia de palabras y la formación de unidades superiores a éstos, como los sintagmas y oraciones gramaticales. La sintaxis, por lo tanto, estudia las formas en que se combinan las palabras, así como las relaciones sintagmáticas que nos dicen que el lenguaje es lineal: se produce un sonido después de otro, las palabras siguen una después de la otra; y paradigmáticas, puesto que al mismo tiempo que producimos signos unidos entre sí en el tiempo, nosotros también hacemos algo que está fuera de esa sucesión temporal: escogemos un signo desde un rango entero de signos alternativos.

A la parte de la semiótica que se encarga de estudiar las relaciones entre significantes y usuarios se le llama pragmática y, en efecto, estudia el empleo de los signos por los seres humanos en sus diferentes maneras de relacionarse. Sin embargo, dentro de este ámbito, se pueden distinguir al menos tres direcciones en la actual pragmática. Se le puede entender y se le entiende, en efecto, tanto como una doctrina del empleo de los signos, que como una lingüística del diálogo y, finalmente, como una teoría del acto del habla.

A la pragmática se le puede considerar como el momento del análisis semiótico en el que se unen la sintáctica y la semántica. La pragmática confronta a las significaciones elaboradas fuera de las realidades de las que surgen con esas mismas realidades que pretenden configurar, es decir, a las cuales dan sentido. Se expresa en forma de reglas o de hábitos interpretativos admitidos como verdaderos en el seno de una comunidad, en un período históricamente correspondido. Constituye entonces el momento de análisis semiótico en el que la sintáctica y semántica se unen.

Pierce es considerado uno de los fundadores de la semiótica conjuntamente con Ferdinand de Saussure; sin embargo, ambos parten de principios muy diferentes. Mientras Saussure la concibe como una ciencia de naturaleza psicosocial, Pierce la vincula con la lógica, con una personalidad propia, no dependiente en su totalidad de la lingüística, aunque las primeras interpretaciones realizadas por Aristóteles desde una perspectiva comunicativa fueran esencialmente de semiosis lingüística. Pierce relacionaba la semiótica con la lógica en sentido estricto, pues es la ciencia de las condiciones necesaria para obtención de la verdad.

Ahora bien, la consecución de la verdad no es algo que pueda realizarse únicamente por la inferencia deductiva; necesita introducir el conocimiento adquirido por la experiencia y por el hecho de arriesgarse en las explicaciones de hechos que introducen nuevas ideas. La idea de Pierce difiere de la de Saussure, pues en tanto el primero le daba una formalidad al término semiótica como ciencia para su estudio propio, el segundo lo hacía únicamente de manera etimológica.

Roland Barthes asoció la actividad intelectual con un goce, todo aquello que el sujeto es capaz de significar causa en él sensaciones placenteras;

comenta en relación con Saussure que trabajó con un sistema ejemplar, el de la lengua; pero para él, el mito es el habla; en este reencontramos el sistema tridimensional: el significante, el significado y el signo. Por lo que el mito consiste en un sistema particular por cuanto se edifica (es decir que previamente existe): es un sistema semiológico segundo. La relación entre significado y significante se apoya en objetos equivalentes, pero no iguales; es decir, el significante no expresa al significado. Se debe reconocer que el significante, significado y signo son, en cualquier sistema semiológico, diferentes.

Barthes no demerita a la lingüística, fundamentalmente porque el verbal es, de los lenguajes humanos, el más amplio y completo, y porque atraviesa a todos los sistemas de significación dotados de profundidad sociológica, y con ello, todo un sistema semiológico se mezcla con el lenguaje verbal, de donde la semiología es una translingüística que atraviesa hasta el lenguaje interior; por lo tanto, para él la semiología no se ocupará solo de textos, sino de todo otro objeto, relato o imagen que se proponga como discurso. Signo, en efecto, se inserta, según el arbitrio de los autores, en una serie de términos afines y de semejantes: señal, indicio, icono, símbolo y alegoría son los principales rivales del signo.⁵

Para Julien Greimas, el mundo es un lenguaje y no una colección de objetos; coincide con Saussure en cuanto al sistema de signos. Un signo aislado no tiene significado; sin embargo, hace énfasis en el lenguaje como un ensamblaje de estructuras de significación. Para él, la semiótica intenta explicar cómo se produce y cómo se capta el sentido a través de materias significantes y cómo le damos significado. El sentido está antes de cualquier producción discursiva. Para Greimas, la semiótica no produce sentido, sino que reformula el sentido ya dado, procurando dotarlo de significación; o sea, la semiótica trata de hacer comprensible la estructura misma del sentido de cualquier objeto cultural ya existente.

Umberto Eco, a su vez, dice que por más tolerante que uno sea con las opiniones de los demás, cada uno debe enunciar las propias, al menos sobre las cuestiones fundamentales, pues para él la semiótica domina varias zonas de investigación, ya que se refieren a procesos naturales y/o culturales. La semiótica consta de dos teorías, una de los códigos y otra

⁵ BARTHES, R., 1985, p. 36.

de la producción de signos, de lo que se puede inferir que parte del proyecto de la semiótica consiste en la elaboración de una teoría general unificada. Para él, la semiótica es una disciplina filosófica, porque no se distrae con un sistema particular de signos, sino que postula categorías generales que hacen posible la comparación entre sistemas.

Hemos revisado ya hasta este momento varias partes donde la mayoría de los autores se interesaron casi exclusivamente en el problema de la interpretación de los signos, partiendo de la opinión de que la producción y la interpretación son procesos variables. De esto se desprende que describir la interpretación es describir también, como un espejo, la producción. Umberto Eco hace incluso de esta reversibilidad una característica de los procesos semióticos: cada definición es un nuevo mensaje, que a su vez debía ser explicado, en su significado propio, gracias a otros mensajes precedentes.⁶

Esta es la posición en la que se ubica al intérprete, en la del deber de comprender el producto del dueño del mensaje, que no llega necesariamente a reencontrar el mensaje original. En efecto, las relaciones singulares que productor y emisor mantienen con las instituciones de la significación, son las que regulan su comunicación. Por otro lado, si no se puede conservar la noción de reversibilidad para identificar producción e interpretación, cómo tomar en cuenta la constatación de los dos procesos. Lo que se debe observar, antes que nada, es que toda producción es, en alguna medida, una interpretación a priori efectuada simultáneamente con la producción.

En cambio (excepto en el caso de los procesos simples de estimulación), cualquier proceso de comunicación entre seres humanos presupone un sistema de significación como condición propia necesaria.

En consecuencia, es posible establecer una semiótica de la significación que sea independiente de la semiótica de la comunicación; pero imposible establecer una semiótica de la comunicación independiente de una semiótica de la significación.⁷

⁶ ECO, U. 1968, p. 72.

⁷ ECO, U., 1976, p. 25.

La producción es un proceso de incorporación de un pensamiento en una disposición existente que se ubica bajo la dependencia de una interpretación anticipada, respecto de la que el productor se vuelve un intérprete más. Por parte del intérprete hay un proceso que va de lo particular a lo universal, de lo individual a lo colectivo, mientras que, de parte del productor, se va de lo universal a lo particular y de lo colectivo a lo individual.

Por tanto, corresponde a los docentes, principalmente, la tarea de enseñar a los discentes a realizar una lectura dinámico-participativa. ¿Y qué significa eso de dinámico-participativo? Eso, entre otras cosas, significa una lectura donde el discente no sólo se limite a la ejecución de las actividades que tradicionalmente ha venido realizando en la escuela, sino que implique el ejercicio pleno de sus capacidades intelectuales, como un constructor-transformador, para que sea capaz de entender, comprender o interpretar cualquier tipo de texto. La lectura es un proceso dinámico y participativo, donde tan importante es lo que está expresado, como lo que es capaz de incorporar el lector. La misión del lector debe ser la de decodificar el mensaje, teniendo presente que el contenido del texto es un complejo semántico que se forma de lo explícitamente expresado, lo conocido por él, lo inferido del contexto histórico-concreto y el contexto.

La enseñanza de la lectura es una actividad compleja que requiere no sólo de tiempo, sino también de práctica; por lo tanto, una de las principales metas que los maestros deben tener, es la de facilitar el desarrollo de buenos lectores e invitarlos a concebir el proceso de lectura como un proceso mental con el que se construyen significados con el propósito fundamental de comprender lo que se lee.

La comprensión de la lectura no es un fenómeno anárquico e idiosincrático, pero tampoco es un proceso unitario, monolítico, donde sólo un significado es correcto. En lugar de esto, es un proceso generativo que refleja los intentos disciplinados del lector para construir uno o más significados dentro de las reglas del lenguaje.

Reconocer diferentes formas válidas de comprensión, no significa que cada lector entenderá algo diferente de lo que captará otro; el sujeto emitirá hipótesis en función de su conocimiento del mundo, pero buscará verificarlas a partir de la información provista por el texto; cuando no logre corroborar sus hipótesis, tendrá que modificarlas ajustándolas – en la

medida de sus posibilidades – a las características objetivas de la información visual. Además tendrá la posibilidad de discutir con otros lectores su interpretación del texto, y este intercambio, al accederle a hacer la confrontación de puntos de vista, permitirá lograr un conocimiento más objetivo.

Por último, interpretar es ubicar inter partes de un texto, que es una actividad mucho más compleja que entender o comprender, pues exige que el lector modifique su ubicación en un espacio sociocultural, por cuanto deberá introducirse, imaginariamente, en el ámbito del texto y moverse culturalmente dentro de él, además de escoger las partes o componentes del texto y jerarquizar, lo que él considere, en dependencia de sus intereses, motivos u objetivos definidos por él. Finalmente, para que todo esto se dé, debe existir una secuencia discursiva tanto en el texto expuesto, como en el texto supuesto, situaciones necesarias para la interpretación.▲

Bibliografía

- ALISEDO, Graciela. MELGAR, Sara. CHIOCCI, Cristina. *Didáctica de las ciencias del lenguaje. Aportes y reflexiones*. Editorial Paidós. México, 1999.
- BARTHES, Roland. *La aventura semiológica*. Editorial Paidós. Madrid, 1985.
- ECO, Umberto. *La estructura ausente, Introducción a la Semiótica*. Debolsillo. México, 1968.
- ECO, Umberto. *Semiótica y filosofía del lenguaje*. Lumen. Barcelona, 1990.
- ECO, Umberto. *Tratado de semiótica general*. Debolsillo. México, 1976.
- MORRIS, Charles. *La naturaleza del signo*. Paidós. España, 1994.
- SMITH, Frank. *Comprensión de la lectura*. Trillas. México, 1983.
- SAUSSURE, Ferdinand. *Curso de lingüística general*. Fontamara. México, 1980.